

# NOTAS SOBRE MODISMOS PROVERBIOS Y REFRANES

Francisco Mateos Jaén

## 1. Explicación del término modismo.

Se entiende por *modismo* una locución popularizada, peculiar de la lengua respectiva, y que no tiene traducción literal en otra lengua, inalterable al transcurso del tiempo y con cierto sentido metafórico. Ejemplos: *no dar pie con bola; partirse de risa; charlar por los codos; ir al grano; llover a cántaros; a mal tiempo buena cara; estar como pez en el agua...*

El término *modismo* comenzó a usarse en el español a partir del siglo XVIII. Según el *Tesoro*, de Covarrubias de 1611, en el siglo XVII, los especialistas del lenguaje de aquella época, usaban la palabra *idiotismo* para significar “ciertas frases y modos de hablar particulares a la lengua de cada nación”. por lo tanto, entre estos dos conceptos existe una distancia muy pequeña. Según la Academia, *idiotismo* es una manera de hablar que se aparta de las leyes ordinarias del lenguaje. Hay gramáticos que incluyen los idiotismos entre los *vicios de dicción*.

Prácticamente, *modismo* e *idiotismo* son términos intercambiables. Del giro tradicionalmente repetido desde Covarrubias, *modo de hablar*, tan conocidos en todas las gramáticas, aplicado a las locuciones adverbiales con el nombre de *modos adverbiales*, proviene la formación del *modismo*, que forma parte del concepto específico del género de las *locuciones*.

## 2. Evolución semántica del modismo.

El modismo, por lo común, tiene una historia individual o colectiva. Muchos proceden de las tertulias, del periodismo, de las obras dramáticas y de las novelas. Si analizando la cadena semántica de un modismo buscamos su etimología, veremos su relatividad temporal y significante junto a sus varias fórmulas estables.

Casares cita la remota significación del modismo *a brazo partido*, equivalente a “*sin armas*”. Después pasó por la acepción de “sin ventajas”, por la que llegó a tener el valor semántico de “en condiciones de igualdad”. Hoy en día, según el diccionario, quiere decir “*a viva fuerza*”.

Algunos modismos nos llegan de la Biblia, del *Kempis* y otros libros ascéticos; otros traen su origen de la lengua literaria clásica, *la suerte está echada* es una fórmula castellana del modismo latino “*Alea iacta est*” ( César ).

Muchas veces, la etimología popular interviene en la maraña semántica y en la intención primitiva de muchos modismos. Véase el ejemplo de *tomar el portante*, que el vulgo formó sobre el paradigma *tomar la puerta* ( marcharse, ausentarse, desaparecer ). Antiguamente, *ser un asera* ser un burro o asno; hoy se aplica al que sobresale en alguna actividad.

## 3. Función lingüística del modismo.

El modismo ejerce mucha influencia en la lengua hablada y en la literaria. Con el uso coloquial y literario se ha ido enriqueciendo y a la vez ha ido perdiendo fuerza como instrumento normal del lenguaje. Su permanente vitalidad consiste en que suple con creces una palabra o un giro que el hablante considera inexpressivo para el que escucha.

En muchos modismos populares se advierte una intención humorística, de piropo exagerado, de maldición gitana o de forma pintoresca y graciosa del habla de una región.

Hay que destacar la particularidad eufemística de algunos modismos que intentan ocultar, en fórmulas de uso cotidiano, el horror a la muerte, a las enfermedades u otros males sociales. Para ello, la lengua española cuenta con locuciones como las que siguen: *liar uno el hato, hacer el petate, soltar el pellejo, estirar la pata, irse al otro barrio, estar para el arrastre*, etc.

Los modismos españoles dan a conocer la entraña íntima del español, así como su idiosincrasia. La misión lingüística más importante es suplir ciertos recursos expresivos que le faltan a la lengua. Enriquecen los adverbios de tiempo: *a menudo, una y otra vez, en un decir amén, en menos que canta un gallo, en dos trancadas, de por vida*. Sustituyen a los ablativos adverbiales latinos: *a ratos perdidos, a trompicones, de una sentada, con todos sus pelos y señales*. La eventualidad del modismo depende del desgaste de las palabras por el uso y del mayor o menor florecimiento de las locuciones de moda.

A veces, una palabra usada como modismo puede tener un abanico muy amplio de significados, según el contexto en que se halle. En el ejemplo extraído del Diccionario de Modismos de Ramón Caballero, vamos a ver como al sustantivo *mano*, en una especie de juego de palabras, este autor le da una gama muy amplia de sentidos. ( Ver el apéndice ).

#### 4. Definición del refrán y el proverbio.

El Diccionario de la Real Academia define el *refrán* como “dicho agudo y sentencioso de uso común”. Algo más completa es la definición que propone el Diccionario de uso del español de María Moliner: “cualquier sentencia popular repetida tradicionalmente con forma invariable”. El folclorista y erudito Francisco Rodríguez Marín, precisó el concepto de *refrán*: “es un dicho simbólico y expuesto en forma poética, que contiene una regla de conducta u otra cualquier enseñanza”.

Julio Casares explica el *refrán* así: “*refrán* es una frase

completa e independiente, que en sentido directo o alegórico, y por lo general de forma sentenciosa y elíptica, expresa un pensamiento a manera de juicio en el que se relacionan dos ideas”.

Las opiniones no coinciden referente a los *refranes*, al parecer de los filólogos, el *refrán* es un concepto escurridizo. Para complicar un poco más este confuso panorama, tenemos una larga lista de términos referidos al mismo campo nocional y que se utilizan frecuentemente como sinónimos de *refrán*: *proverbio*, *sentencia*, *aforismo*, *axioma*, *apoteagma*, *locución*, *frase proverbial*, *adagio*, *máxima*, *moraleja*. Todas estas formas incluyen el sentido de una proposición o frase breve, clara evidente y de profunda y útil enseñanza. Ningún autor antiguo ni moderno ha logrado todavía clara y terminantemente, elucidar las diferencias entre unas y otras formas. El mismo uso vulgar, llano y corriente, según las épocas y los títulos que adoptaron sus autores o compiladores, han llamado indistintamente a una misma clase de expresiones de la sabiduría popular.

Los rasgos formales y temáticos que aparecen en al mayoría de estas construcciones de la lengua son: Todo *refrán* es un *dicho*, es decir, un conjunto de palabras con que se expresa un pensamiento cabal. También son *dichos* los *modismos* y *frases proverbiales*, por ejemplo: *estar con el agua al cuello*; *a trancas y barrancas*, pero aunque los límites no están muy definidos, hay diferencias formales y semánticas que nos permiten distinguir, a veces, ambas construcciones. Ejemplo de *refrán*: *a quien madruga, Dios le ayuda*, tiene sentido completo en sí mismo, posee entonación propia y constituye, en la mayoría de los casos, una oración, es decir una unidad sintáctica autónoma, equivalente a un texto o a un mensaje completo.

Los *refranes* y *proverbios* son creaciones acertadas para diferentes situaciones, que se han ido transmitiendo de padres a hijos gracias a la tradición oral, y que los recopiladores

nos han transmitido en los *refraneros*, pertenecen a la lengua hablada del pueblo llano. Fueron utilizados en obras literarias como: *El Lazarillo de Tormes*, *La Celestina*, *El Quijote*, etc., donde sus personajes usan el habla popular de una forma sencilla, espontánea y sobre todo llena de sabiduría.

Las formas constitutivas del *proverbio* se podrían clasificar “grosso modo”, de la siguiente manera:

- a) Según Casares, “no toda fórmula pluriverbal reducible a cualquiera de las categorías establecidas para las locuciones es *frase proverbial*”.
- b) Entendemos por *proverbial* algo que tiene una tradición de ejemplaridad.
- c) Ha de contar la frase con una experiencia y el consenso de una comunidad lingüística.
- d) En la mayoría de los casos, lo que llamamos *fórmula proverbial* se reduce a un *dicho* famoso por algún acontecimiento histórico que le dió origen. Ejemplos: *no se ganó Zamora en una hora*; *hay moros en la costa*; *se armó la de San Quintín*, etc.

Casares cita, entre muchas frases, las siguientes: *otro gallo me cantará*; *hasta verte Jesús mío*; *díjolo Blas, punto redondo*; *del lobo un pelo*; *dame pan y llámame tonto*; *de menos nos hizo Dios*; *a Segura le llevan preso*; *vamos a ver como baila Miguel*; *con su pan se lo coma*; *contigo, pan y cebolla*; *una buena capa todo lo tapa*; *poco a poco, hila la vieja el copo*; *manos blancas no ofenden*; *cuando a Roma fueres, haz lo que vieres...*

El *aforismo* o *máxima* es una sentencia lacónica y doctrinal que presenta en forma sintética lo más interesante de alguna materia, *regla*, *principio*, *axioma* o *máxima instructiva*, por ejemplo: *de tal palo, tal astilla*; *dime con quien andas, y diré quien eres...*

El *adagio* encierra un sentido doctrinal encaminado a proporcionar algún consejo para saber conducirse en la vida, por ejemplo: *has bien y no mires a quién*; *obras son amores y*

*no buenas razones...*

Los *refranes*, son por consiguiente populares, pues son patrimonio de la comunidad, emparentados directamente con otras manifestaciones folclóricas también anónimas, como el cuento, la adivinanza, la leyenda, la copla... Todos ellos participan de otros dos rasgos: *tradicionalidad y antigüedad*.

El *refrán* es un discurso memorizado y repetido sin apenas sufrir cambios sustanciales, las variantes son recreaciones espontáneas debidas al ingenio de alguien en un momento y situación determinados. Son pues inmutables, reacios a cambiar porque presentan numerosos rasgos formales arcaizantes: pérdida de artículos: *ojos que no ven, corazón que no siente*; ausencia de antecedente: *quien bien te quiere, te hará llorar*; arcaísmos léxicos y morfológicos: *cuando las barbas de tu vecino vieres pelar, pon las tuyas a remojar*. Esta conciencia de que el *refrán* es algo viejo y arraigado en la comunidad desde tiempo inmemorial, se refleja en los introductores que se utilizan para presentar el *refrán*: *Como decían los antiguos... Como dice el viejo refrán...*

El *refrán* es un dicho breve. Los elementos elípticos y sobrentendidos permiten que el enunciado de un pensamiento completo, se haga con la utilización de un número justo de palabras. Esta economía de medios hace posible una memorización fácil, ayudada por la simetría de sus dos miembros y por la rima. Hay *refranes*: *por dinero baila el perro*,... que han perdido la segunda parte que originariamente tenían( *...no por el son que le toca el ciego* ). Esta reducción no le ha impedido conservar el sentido original: *cada loco con su tema*,... ( *y cada llaga con su postema* ); *sarna con gusto no pica*,... ( *pero mortifica* ).

Uno de los rasgos más característicos de casi todos los *refranes* es su estructura bimembre, acentuada con repeticiones simétricas: aliteraciones, paralelismos, concatenaciones, retruécanos, anáforas, etc. El paralelismo



gramatical fundado en un emparejamiento semántico, es un procedimiento que encontramos en formas orales de numerosos pueblos. El ser humano es bilateral, por eso la oposición y la comparación las encontramos en las canciones infantiles y en los *proverbios y refranes* de todo el mundo: *El muerto al hoyo y el vivo al bollo*; *Quien roba un huevo, roba un buey* ( en francés: *Qui vole un oeuf, vole un boeuf*).

### 5. Estructura del refrán.

El primer miembro ( el primer verso del pareado ) suele tener carácter narrativo: *Tanto va el cántaro a la fuente,...* mientras que el segundo es especulativo, conceptual, donde se encierra la sentencia, la enseñanza, la conclusión ... *que al fin se rompe*.

Hay dos ideas, representadas por dos palabras claves, que se relacionan para formar un juicio, una oración, un pensamiento completo. A veces, el hablante sólo enuncia el primer miembro: *A buen entendedor,...* porque presupone que el oyente sabe reconstruirlo en su totalidad ... *pocas palabras bastan*.

La forma de los *refranes* nos remite con frecuencia al lenguaje poético, ya que predomina en ellos el carácter simbólico. La connotación es un rasgo frecuente puesto que se nos transmite un contenido sugerente y rico, con una forma ágil y bella, constituyendo muchos de ellos verdaderos aciertos. Alguien los comparó con diamantes que se han ido acrisolando a lo largo de los tiempos. El carácter metafórico, los factores fónicos y rítmicos, han convertido a muchos refranes en verdaderas joyas.

La forma sentenciosa de los *refranes* se atribuye al hecho de que constituyen un compendio de sabiduría popular, nacida de la experiencia. Muchos de ellos mantienen el carácter moralizante, didáctico. Hay *refranes* para todos los gustos y es tal su diversidad que hacer una clasificación temática resulta

muy difícil.

## 6. La veracidad de los refranes.

En cuanto a la veracidad de los *refranes*, hay muchos tópicos, muchas verdades a medias, verdaderas contradicciones y hasta aseveraciones no sólo injustas, sino hasta injuriosas. Rodríguez Marín dice que el *refrán* es una verdad comprobada, no se puede estar totalmente de acuerdo con esta aseveración, sobre todo con los meteorológicos, que serían los que pudieran tener un carácter más científico o inductivo

Muchos *refranes* meteorológicos son hoy día inexactos, ya que provienen de una época anterior a la corrección gregoriana del calendario, hecha en 1582. Así sucede con este refrán: *Por Santa Lucía achican las noches y agrandan los días*, aludiendo al solsticio de invierno, que no se verifica el día 13, sino el 21 de diciembre.

¿Es tan verdadera, sin excepción, esta ciencia popular, que no se encuentren algunos *refranes* falsos y engañosos y en ocasiones fórmulas contradictorias? ¿Es cierto que se puede aplicar a estos adagios lo de *Vox populi, vox Dei*?

Ni hemos de recibir los *refranes* como artículo de fe según se decía en el siglo XVII, como *evangelios chicos*, por aquello de que *dichos de viejas arrancan las piedras*, ni hemos de creer que la experiencia se engaña en todos ellos.

Lo más difícil en la ciencia del *refrán* es su interpretación. Por no remontarse a su origen, por no percatarse en su sentido tropológico, por no darse cuenta muchas veces de su intención irónica o no inquirir en qué casos ni a qué cosas se aplica por el vulgo, faltan a la verdad algunos escoliastas de la *Paremiología*, y hasta personas como Feijoo calificaron de falsos algunos *proverbios* que distan mucho de serlo.

Se puede afirmar sin lugar a dudas, que son falsos todos los *refranes* supersticiosos, porque es falsa la base en que se fundan. ¿Quién se atreve a defender como verídicos los ada-



gios referentes al día martes?”

Con todo, la creencia popular que supone al martes día aciago se ha buscado fuera de su verdadero origen, prestando asentimiento a lo que gratuitamente escribe sobre este particular el padre Mariana en su *Historia de España*. La superstición del martes tiene clarísima filiación gentilicia. A *Marte*, dios de la guerra en la mitología griega, fue dedicado este día de la semana, como el viernes a la diosa Venus. No hemos de extrañarnos que la fantasía popular supusiera que este dios bélico era el engendrador de todas las desgracias. En torno a este día supersticioso, se formaron *refranes* como estos: *en martes, ni te cases ni te embarques; en martes, ni gallina echas ni hija cases; en martes, ni tu casa mudes, ni hija cases. ni tu ropa tajes; en martes, ni telas urdas, ni hijas cases, ni las lleves a confesar, que no dirán la verdad.*

Si el número trece por sí solo es considerado de mal agüero, resulta fatídico si coincide en el calendario con el día martes, según la tradición española, o con su equivalente anglosajón, el viernes. La tradición anglosajona considera el viernes como día de mala suerte, por ser el día en que Cristo fue crucificado.

## 7. Reflexiones sobre el uso de los refranes.

Es indudable la importancia y utilidad de muchos *refranes*, tanto en el régimen y conducta de la vida en relación con la sociedad, la familia y el individuo, como en el terreno de la Historia y de la Filología, pudiéndose decir que sin el estudio profundo de la *Paremiología* quedarían por resolver muchas cuestiones prosódicas, ortográficas y hasta sintácticas, lo mismo que otras relativas a la biografía y tradiciones populares.

El carácter autóctono del refranero es muy relativo. Una gran porción de *proverbios* y *refranes* que condensan la experiencia humana y aleccionan a las generaciones futuras, pertenece en común a pueblos distanciados por la Geografía, la Literatura y la Historia. El carácter universalista de la

*Paremiología*, trasciende las fronteras y se convierte en consejera internacional. Aunque las metamorfosis y las formas caprichosas que adoptan muchos refranes sean oriundas de cada país, en el concepto gozan de universalidad fecunda.

Otra cosa muy distinta acontece con las pullas entre pueblos vecinos, las adivinanzas, sátiras socarronas, obscenidades, rimas jocosas y, sobre todo, con las *frases proverbiales*, que son herencia de una generación, préstamo privativo del pueblo que le dio carácter. *Eppur si muove* será siempre expresión del abolengo italiano, como es francesa *Après moi, le déluge*, y española *No se ganó Zamora en una hora*.

El aspecto etimológico del *refrán* importa a veces al significado traslaticio de las palabras. A veces se discute en un adagio la palabra originaria, como sucedió en el siglo XVIII con la voz *piensa* en el *proverbio* que empieza: *Uno piensa el bayo...*, ampliamente controvertida por Casares en sus *Divertimientos filológicos*. La disputa se entabló entre la Academia, que entendió en *piensa* el sentido originario de imaginar, del latín *pensare*, y los que argumentaban con el significado de *dar pienso a las bestias*. Con este último alcance popular, todavía en algunos cortijos andaluces se llama pensador al mozo que de noche reparte el pienso a las mulas y bueyes.

El adecuado empleo de los *refranes* puede constituir un adorno del estilo, pero hay que huir del abuso de ellos. En la obra de Cervantes, don Quijote le decía a Sancho: "No parece mal un *refrán* traído a cuento, pero cargar y ensartar *refranes* a troche y moche, hace la plática desmayada y baja."

## 8. Antigüedad e historia de los refranes.

Tanto los *refranes* como los *proverbios*, son antiquísimos, tan antiguos como la Humanidad, ya que son una de las formas primitivas de la sabiduría popular. Son sentencias de utilidad práctica. son trozos o rasgos popularizados de la Historia, de

la Literatura, de las Ciencias y de las Artes.

Ninguna creación de la mente humana ha tenido tanto éxito como los *proverbios* y *refranes*, atrayendo la atención de los grandes intelectuales de la humanidad, a lo largo de los siglos. Escritores, poetas, eruditos, pensadores y filósofos de todos los tiempos y de todos los países, se han complacido en recoger esta manifestación de la sabiduría popular, diseminando *aforismos*, *proverbios* y *refranes* en sus obras inmortales, ilustrándolos e incluso compilándolos.

El *Libro de los Proverbios* de Salomón, uno de los libros del Antiguo Testamento, es un conjunto de *sentencias morales* que pueden servir como norma de vida. Los preceptos morales emitidos por los filósofos griegos u orientales, son de un sentido tan práctico que han llegado hasta nosotros. Pitágoras formuló sus conocimientos en *axiomas*; Solón, Focílides y Sócrates también usaron los proverbios y refranes en sus preceptos.

El primero de los filósofos griegos que compiló *proverbios* fue Aristóteles; después Zonodoto, Crisipo y Cleante. Encuéntrense algunas recopilaciones bajo el nombre de Plutarco. En los comentarios sobre Demóstenes se habla también de *proverbios* de Teofrasto. Plauto el más genial de los poetas latinos, recogió en muchas de sus obras *aforismos* y *refranes*. Desde entonces para acá, los más grandes escritores de todas las épocas nos ofrecen repetidamente multitud de *proverbios* y *refranes*. El ejemplo de Shakespeare, que los esparce generosamente en sus obras y los utiliza como título para dos de sus inmortales comedias “Measure for measure” ( *Como midas serás medido* ) y “All is well that ends well” ( *Bien está lo que bien acaba* ). Parece querer hacernos saber por boca de Hamlet, que en muchos *refranes* está contenida más filosofía sana y racional, que puedan abarcar todos los tratados de Filosofía.

Verdaderamente, toda la Filosofía de los más grandes pensadores, sucesivamente desarrollada en muchos y

voluminosos libros, no llega a superar la recóndita sabiduría, y la profunda y gran imaginación de muchos *refranes*.

Todas las formas del pensamiento humano encontraron en los *Proverbios* de Salomón su arquetipo y su más sublime expresión. La mayor parte de la doctrina de Jesucristo, especialmente los tres primeros evangelios, está desarrollada en *forma proverbial*, en la cual pasó después a uso del pueblo.

Por eso, los *proverbios* tienen su ética, su teología, y sus conceptos aleccionando al hombre en sus deberes para con sus semejantes y para consigo mismo; aún cuando muchos no tengan un contenido de sabiduría práctica, como por ejemplo los relativos a la meteorología y agricultura.

Verdaderos monumentos orales, gran parte de los *refranes* y *proverbios* llevan impresa la estampa y el carácter de un pueblo, del cual mejor que la historia revelan sus costumbres, el modo de ver, sentir, pensar y juzgar. No es absurdo, por tanto, pensar que quien quiera indagar como piensa y como siente un pueblo, quien desee conocer su ingenio y su temperamento, no puede dejar a un lado el estudio de sus *locuciones proverbiales*.

Los griegos lo heredaron, probablemente, del antiguo Oriente y lo transmitieron a los romanos, de los cuales pasaron después a todas las lenguas del mundo occidental, especialmente gracias a Erasmo, que en su “*Adagiorum Collectanea*” tradujo al latín muchos *proverbios* griegos y latinos, que después fueron difundidos por toda Europa y se naturalizaron en los distintos países.

La influencia de la cultura judaica e hispano-árabe, derivada en gran parte del neoplatonismo y de las obras de Aristóteles se dejó sentir en el campo de la *aforística*, y así vemos que los Averroes y los Abarbaneles, los Núñez y Laguna más tarde resucitan los *aforismos* de Aristóteles, Hipócrates, Dioscórides y Celso, haciendo con los mismos un verdadero mosaico en sus obras. La medicina, la agricultura, la astronomía y hasta el

arte militar, tienen en España sus autores de *aporística*, cuyo número constituye una verdadera legión. El encomio más cumplido sobre *aporística* popular debe atribuirse a don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, quien a mitad del siglo XV, recopiló por orden del rey don Juan II, la colección *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, la que Menéndez y Pelayo reputa como la más antigua colección *paremiológica* que se formó en Europa. Hay que esperar un siglo más tarde para que en 1555 el comendador Hernán Núñez, escribiera su colección de *Refranes y proverbios*, notable sobre todos los conceptos.

También en la mitad del siglo XVI, el valenciano Juan de Timoneda escribió *Sobremesa y alivio de caminantes*, en el cual incluyó medio centenar de *modismos populares*.

Por otro lado, el poeta sevillano Juan de Mal Lara, en su *Philosophia vulgar* (1568), acometió la empresa de glosar mil *refranes y proverbios*, entre los que se encuentran algunas *locuciones o modismos*.

Tienen mucha importancia y mérito las obras que nos dejaron sobre este tema Juan de Melo, Sebastián de Orozco, Jerónimo Martín Caro, Juan de Iriarte y otros. No hay que olvidar a Benito Pereira en los *Adagios de lingua portuguesa*, impresos en Lisboa en 1655.

En el siglo XVII, Quevedo, en su *Cuento de cuentos* y en sus *Premáticas y Aranceles* había recogido todos los *dichos populares* de su época. En su *visita de los chistes* (1622), hace hablar a esos seres tan traídos y llevados como *El rey que rabió*, *Agrajes*, *Pero Grullo*, *El otro*, *Garibay*, *Perico el de los Palotes*, *Pateta*, *El bobo de Coria*, *Vargas*, *Villadiego* y demás personajes reales o imaginarios que en los *dichos y comparanzas* salen a relucir.

Por la misma época que Quevedo, el toledano don Sebastian de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana* (1611), y el maestro Gonzalo Correas, en su *Vocabulario de refranes y*



*frases proverbiales* y Baltasar Gracián, en su *Agudeza y arte de ingenio*, trataron de explicar la razón y el porqué de estos *dichos y refranes*. Si del Siglo de Oro pasamos a la época contemporánea, hallaremos igual curiosidad en eruditos y folcloristas eminentes, que al correr del tiempo se han ocupado de transmitirnos esta amena parcela del saber, como Clemencín, Pellicer, Seijas Patiño, Fernán Caballero, Cejador, Iribarren, etc. Al mismo tema dedicaron atención preferente revistas del siglo pasado, como *El Averiguador* y *El Averiguador Universal*.

Pero donde encontramos atesorados los mejores refranes es en las obras cervantinas. Don Miguel de Cervantes, en su azarosa vida, unas veces en los mesones y posadas, y otras en los caminos y calles, aprendió el abundante caudal de *frases proverbiales y refranes* que se leen en sus obras. Donde, como llevado de la mano, los pone en boca de sus personajes, lo cual revela que sólo quien los aprendió de la gente del pueblo, pudo aplicarlos con tanta oportunidad y maestría en todas sus inmortales producciones, como si él mismo los hubiese creado.

## 9. Orígenes curiosos de algunos refranes y modismos.

El *dicho* de *Hay gato encerrado* nada tiene que ver con los felinos domésticos, sino con las antiguas bolsas donde se guardaba el dinero, que corrientemente se confeccionaban con piel de gato.

*Pasar una noche toledana*, se refería a los mosquitos que pululaban en el río Tajo, que durante el verano no dejaban dormir a los toledanos.

*Dar el jicarazo* equivalía a matar a una persona echándole veneno en la jícara de chocolate.

*Atar los perros con longanizas* surgió a principio del siglo XIX, cuando en una fábrica de embutidos una de las empleadas, apremiada por ir al baño, tuvo la peregrina ocurrencia de atar a la pata de un banco, con una ristra de longaniza, a un perrillo



faldero que correteaba por el taller. A poco entró un cliente que difundió la noticia por el pueblo salmantino de Candelario, y más adelante el hecho se extendió por toda España.

*Salvarse por los pelos*, surgió a raíz de una Real Orden, expedida en 1809, por la que los marineros se podían dejar crecer el cabello, para que en caso de naufragio pudieran ser agarrados por el pelo.

*Quemarse las cejas*, antes de aparecer la luz eléctrica, el alumbrado doméstico se hacía mediante velas y candiles. Por la noche los estudiantes vencidos por el sueño, se aproximaban en exceso a la llama, por lo tanto, era frecuente ver a estudiantes con las cejas chamuscadas.

*Empinar el codo*, el acto de beber, ya sea con vaso, con porrón o bota, impone, lógicamente, la necesidad de levantar el codo hasta un determinado nivel, que significa tomar en gran cantidad, cualquier clase de bebida alcohólica.

*Hasta los topes*, no es un término ferroviario, sino un viejo dicho mariner, pues el ferrocarril fue inventado mucho después que surgiera esta expresión.

*Buscarle tres pies al gato* es una expresión que se ha deturpado, porque la original dice: *Buscarle cinco pies al gato*.

*Ponerse las botas*, el calzado hasta la Edad Media era signo distintivo de la clase social a que pertenecía el individuo, las botas eran de uso privativo de los caballeros opulentos, el zapato bajo estaba reservado al pueblo humilde en general.

## 10. A modo de conclusión.

Pocas naciones cuentan con un caudal de literatura *aforística* como la española. No solamente el *aforismo* científico, religioso, moral, filosófico o político abunda en las diversas épocas literarias de la Península, sino que el mismo en forma popular y fácil divulgación, se arraiga en la mente del pueblo y adquiere carta de naturaleza junto con las tradiciones más arraigadas.

Hay que tener en cuenta, el mutuo y simultáneo intercambio de *refranes* y *proverbios* entre un pueblo y los demás, donde es difícil, si no imposible, en muchos casos, establecer quien ha prestado y quien ha recibido en préstamo.

Como las lenguas, como la poesía o la música popular, los *proverbios* y *refranes* no son el producto de un solo individuo, sino de la humanidad entera, que atesora en los *refranes* la experiencia y el buen sentido de todo su pasado, condensado en fórmulas breves y concisas. Aunque no todos los *refranes* tienen una historia concreta, son numerosos los que pudieran haberse creado a partir de un acontecimiento. Es más, sucesos de idéntica o parecida índole, ocurridos en distintos países, han dado como resultado sentencias muy semejantes en el fondo, con corta diferencia en la forma.

Mientras una lengua vive, se apropia siempre de vocablos extranjeros, mientras un pueblo ejerce su vigorosa energía, adquiere nueva experiencia de la vida y se forman nuevas convicciones morales, las más felices de las cuales son los *modismos*, *proverbios* y *refranes*.

Hay quien dice que los *refranes* son fragmentos o resúmenes de cuentos, anécdotas e historias, conocidos por todos y que por lo tanto no hay necesidad de explicar. Algunas moralejas que aparecen al final de un cuento o de una fábula se han independizado y han sobrevivido transformadas en refranes, o bien eran refranes que existían previamente y a partir de los cuales se imaginó la historia. Esto fue lo que sucedió en la fábula de Samaniego que termina con esta reflexión, que ya existía antes como verdadero refrán: *Aunque la mona se vista de seda, mona se queda*.

## 11. Apéndice.

“Y porque es lo que tengo más *a mano*, voy a dar de mano a este artículo, que yo quisiera me resultara *de mano maestra*, pero que no está en mi mano hacerle digno de tal favor; porque,

como dijo el otro, ¡ *buenas manos tiene María Santísima* para criar pollos o para cebar gorrinos!

Si *a mano* viene, no faltará quien diga que *en buenas manos* está el pandero; pero ese mismo, y, también *si llega a mano*, puede que diga, por detrás, que aunque *me comiera las manos un cerdo*, poco se perdía, ¡ *Dios tenga de su mano* a los que tal hablen!

Yo *tengo poca mano* con críticos y literatos, a quienes les *alargo la mano* pocas veces, de aquí que todos *se den la mano* para tratarme por igual; y lo digo porque no soy de los que les gusta *tirar la piedra y esconder la mano*; y aunque pudiera evitar esto, que *está en mi mano*, no quiero hacerlo; y lo mismo se lo digo a ellos cuando me los *encuentro a mano* o *de mano a boca*. No me importa que me fustiguen *con mano firme*, *con mano fuerte* y *con mano dura*, porque ya *doy de mano*, que hago motivo para ello y que esa es su misión, de tal modo, que antes *se cortarían la mano derecha*, que dejar de hacerlo así.

Pero basta de digresión, *manos a la obra* y que *Dios ponga tiento en mis manos*, pues en ellas, Señor, encomiendo mi alma.

Era D. Juan ( que es el primer nombre que se me *viene a las manos* ) un artista que *tenía unas manos divinas* para el ejercicio de su profesión de carpintero, y que *tenía mucha mano* con arquitectos, maestros de obras y demás, a quienes hacía toda *la mano de obra* de sus contratas; así es que rara vez se le veía *de manos cruzadas*, pues por lo general, le *faltaban manos* para cumplir sus compromisos, conociéndose a la legua todo el trabajo que *salía de sus manos*; porque tenía la suerte de que en *todo cuanto ponía mano* le salía bien. Tenía, sin embargo, una mujer que, a pesar de que parecía que había *puesto su mano Dios* en ella y que había derrochado en su cara las gracias *a manos llenas*, *tenía tan mala mano*, que turbaba en parte la felicidad de D. Juan.

Queríala, no obstante, el buen señor, que a todo el mundo decía que era *sus pies y sus manos*, porque no solo *tenía buena*

*mano* para los quehaceres de la casa, en los cuales era para D. Juan *su mano derecha*; para coser y marcar *tenía unas manos primorosas*, y en cuanto a guisar, encanto de D. Juan que era muy glotón, jamás *se le fue la mano* en especias ni otras cosas que pudieran estropear un guiso. Desde que *pidió su mano* a los padres de María, se le vio contento, y cuando alguien le objetaba que su futura no tenía un carácter parecido al de él, solía replicar:

-¡ Tampoco *los dedos de la mano* son iguales, y sin embargo están juntos!

También ella era glotona, y cuando se ponía a comer *mano a mano* con su esposo, *no tenían manos* para coger todo lo que *les quedaba a mano* sobre la mesa.

Era ella *manirrota*, o lo que es lo mismo, gastadora o derrochadora. otros dicen que *tienen las manos rotas*; pero a él le parecía que *tenía un agujero en la mano*, no era defecto, porque en este vicio *se daban la mano*, y no tenían que echarse nada en cara; y como ambos vivían *del trabajo de sus manos*, lo que *cogían con una mano* lo soltaban con la otra.

Alguna vez la muchacha *ponía la mano encima a D. Juan*, que a solas la amenazaba con *cortarle la mano* por tener la *mano larga*; pero luego se consolaba con la reflexión de que *manos blancas no ofenden*; y pasado algún tiempo, le *sentaba la mano* de lo lindo, y la volvía suave, docil y humilde, aunque había jurado no *ponerle la mano encima*.

Ella se vengaba en no trabajar y estar todo el día *mano sobre mano*, de modo que parecía que *tenía las manos de adorno*; y como, apesar de todo, D. Juan era un Juan Lanas, como la reprendiera, ella le *volvía la mano* y le arrimaba *candela* hasta que le *dolían las manos* de pegarle.

Un vecino, que, dicho sea de paso, *no sabía donde tenía la mano derecha* y que había murmurado de ella ante su marido, que le replicó que por su mujer *ponía las manos en el fuego*, le dio un remedio, que le sentó a María *como mano de santo*, y

por cuya razón se puso tan furiosa, que *cogía el cielo con las manos* y se *mordía las manos* de coraje, porque, en realidad, no había motivo para tanto.

Le dijo el tal vecino a D. Juan que un objeto que sobre una cómoda había puesto *con su propia mano* el pobre carpintero, y que había desaparecido, se lo había llevado otro vecino, que llegó con sus *manos lavadas*, cuando el tal objeto lo había recibido D. Juan. *de mano* de persona a quien estimaba mucho, porque en diferentes ocasiones le había *tendido una mano* para ayudarle.

Y como D. Juan seguía la máxima de que *lo que hagas con la mano derecha que no lo sepa la izquierda*, se calló como un zorro, y *estrechando la mano* del vecino para despedirle, se fue a su casa. Su mujer, *juraba con las manos en alto* y puestas en cruz, que nadie había *puesto la mano* en nada que a él le perteneciera, ni aun en ella misma, ni conocía a nadie que *tuviera las manos largas* para llevarse lo que no era suyo.

Viendo D. Juan que se le *iba de las manos o de entre las manos* la felicidad, y que no había *dejado Dios de su mano* a su pobre mujer, empezó a *abrir la mano* con ella tanto, que no comía cosa que no *viniera de su mano*. Mientras no la *cogiera con las manos en la masa*, no creería nada, aunque se lo *digeran con un Cristo en la mano*, *cogíale con una mano* al que le iba con tales enredos y le *ponía de "manitas" en la calle*; ninguno *se escapaba de sus manos*, y si era hombre *se tomaba la justicia por su mano*, *sacudiéndole la mano* que era un gusto, y si era chico decía que no le castigaba de ese modo por no *llenarse la mano de mocos o de babas*, o lo que es lo mismo, por no *ensuciarse las manos*. Faltándole ella le *faltaba su mano derecha* y *se quedaba atado de pies y manos*, y como por otra parte le *faltaban manos* para trabajar, no quería ver su hacienda *en manos ajenas*, ni *en manos extrañas*, ni *dar su mano a torcer*, y no se volvió a *poner de manos* por cosas tan insignificantes.

Trabajaba todo el día *sin quitar mano*, con la conciencia del que *no ha manchado nunca sus manos* con lo que no es suyo, pero a veces tenía que *epretar la mano* en el precio, por si iba alguien *de manos vacías* y le hieran más encargos.

Cuando anochecía y ya *no se veían los dedos de la mano*, iba a la taberna a *echar una mano* de mus con unos amigos que vivían, el uno *a mano derecha* y el otro *a mano izquierda* de su casa.

De este modo vivieron los dos seres a quienes la Providencia no *dejó de su mano* un solo día, hasta que *la mano del destino* los *llevó de la mano* a disfrutar de la bienaventuranza eterna.”

( Del Diccionario de Modismos de Ramón Caballero, 1947).

## BIBLIOGRAFÍA

- Bergua Olavarrieta, José, *Refranero español*, Ibéricas, Madrid, 1992.
- Caballero, Ramón, *Diccionario de modismos*, El Ateneo, Buenos Aires, 1947.
- Casares, Julio, *Cosas del Lenguaje*, Espasa-Calpe, Madrid, 1943.
- Caudet Yarza, Francisco, *Los mejores refranes españoles*, Distr. Mateos, Madrid 1991.
- Covarrubias, Sebastián, *Tesoro de la Lengua Castellana*, Turner, México, 1984.
- Diccionario de aforismos*, Editorial Sintés S.A., Barcelona, 1982.
- Iribarren, José M., *El porqué de los dichos*, Aguilar, Madrid, 1955.
- Maldonado. Felipe C. R., *Refranero clásico español*, Taurus, Madrid, 1990.
- Moreta Lara, Miguel A., *Los andaluces en el refranero*, Ed. Arguval, Málaga, 1995.
- Refranes y frases populares*, Ed. Ramón Sopena, S. A., Barcelona, 1983.
- Rodríguez Marín. F., *Refranes castellanos*, 1926.